

FE

de erratas

Galo Galarza*



Confieso que hasta antes de publicar mi artículo sobre la literatura ecuatoriana contemporánea¹ y recibir la serie de cartas y llamadas y mensajes de aclaración, queja, protesta y amenaza que recibí posteriormente por

haber omitido allí, vaya pecado del escriba, nombres (y apelliiiiidós, claro está) de importantísimos novelistas, cuentistas, poetisas y poetisos ecuatorianos, creía inocentemente que eran los japoneses quienes tenían, en este mundo de

(*) *Ministro de la Embajada del Ecuador en Francia.*

- 1) Me refiero al artículo titulado: "Diez años después, apuntes complementarios sobre la literatura ecuatoriana contemporánea" que se publicó en el número 32, de esta misma revista AFESE, correspondiente a enero de 1999 (páginas 139 a 152).
- 2) El diario francés "Le Monde" realizó, en efecto, hace algunos meses un estudio en el cual establecía que de cada tres adultos japoneses, uno escribía regularmente poesía. No mencionaba el diario, sin embargo, la calidad de los poetas y cuántos de ellos lo hacían como mero pasatiempo. Pero de tanto amor a la letras algo se cosecha. El Japón ya tiene dos premios Nobel de Literatura y cuenta con escritores imprescindibles en la historia de la literatura del mundo. Espero que los ecuatorianos vayamos por el mismo camino del imperio del sol naciente.

fin de siglo, más poetas por metro cuadrado². Ahora compruebo, sin embargo, después de procesar las cartas y llamadas a las que me refiero anteriormente, que no, que yo al igual que el diario "Le Monde" estábamos equivocados completamente, que no son los japoneses los que tienen más poetas por metro cuadrado sino –vaya grata sorpresa– los ecuatorianos.

He vuelto a revisar entonces el artículo en marras y veo que, en efecto, he cometido unas enormes, horrendas, imperdonables omisiones. Así que, yo ex-critor me confieso ante usted todopoderoso lector que he pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión, como decían los antiguos rezos de nuestros abuelos. Por ejemplo cuando hablo de las grandes figuras de la literatura latinoamericana que han desaparecido en la última década no menciono a Juan Carlos Onneti. Pecado capital, grave, digno del peor de los castigos en el peor de los infiernos. E igualmente grave, gravísimo pecado capital, cuando no menciono entre los autores latinoamericanos post-boom, a los también uruguayos Mario Benediti (cuya inmensa, aunque a veces desigual, obra poética, ensayística y narrativa sería tan grande como el territorio de la banda oriental, si es que se midieran las

palabras o las páginas de sus libros) o Eduardo Galeano (particularmente por sus fascinantes historias de la historia de América Latina y sus venas abiertas). Algo tuve esas fechas que me borró al Uruguay de la memoria, algo como esos agujeros negros que hay en el espacio y, como no, en la mente humana. Perdón, pues, queridos amigos uruguayos.

Pero también me salté completa Centroamérica y eso es otro pecado capital sabiendo como sé que en esa parte tan querida de nuestra América Latina se encuentran escritores de la talla de Ernesto Cardenal, Sergio Ramírez, Gioconda Belli, en la Nicaragua que antes dio un Rubén Darío. O Augusto Monterroso, Mario Monteforte, Rodrigo Rey Rosa, en la Guatemala que antes dio un Miguel Ángel Asturias.

Y también pequé enormemente al no mencionar al colombiano Alvaro Mutis y al venezolano Luis Britto García y al chileno Antonio Skarmetta y a los peruanos Manuel Scorza y Julio Ramón Ribeyro, muertos ambos en la cumbre de su formidable producción narrativa, y al paraguayo Augusto Roa Bastos, gigante autor de "Yo el Supremo". Y a los argentinos Adolfo Bioy Casares (quien murió mientras escribía esta nota), Ernesto Sábato (quien acaba de publicar su

libro de memorias), Abel Posse y... mejor no sigo con la lista porque temo volver a olvidarme de otro número similar de grandes creadores de nuestra América, cuya literatura, como verán, sigue gozando de excelente salud, y esta nota entonces terminará pareciéndose a esas hojitas amarillentas tituladas «fe de ratas» (sic) que aparecían incluidas en el interior de algunos de los libros editados por algunas de nuestras universidades de los años 70 en las cuales se corregía, supuestamente, tréscientas o cuatrocientas faltas de (h)ortografía que se le habían escapado al escritor o editor.

En cambio reviso la lista de los autores ecuatorianos mencionados en mi artículo y compruebo, más tranquilo, que si bien hay omisiones capitales, no son tantas como creía después de recibir los reclamos a los que antes hice referencia. Es más, me ratifico y no tomo en cuenta ninguno de ellos. Por más importantes que se crean los señores novelistas, las señoras cuentistas y los señoritos y señoritas poetas, para mí no cuentan, aunque consten, como me sacan en cara, en "sendas antologías de la narrativa y poética ecuatoriana y latinoamericana contemporánea" y que connotados críticos de la comarca hayan escrito elogiosísimos editoria-

les sobre sus obraas maestras.

Es más, como alguno de ellos me dice en una carta: "por fortuna a usted nadie le conoce y sus juicios y apreciaciones poco cuentan", yo le tomo la palabra, porque así es la cruda verdad, y allí quedan mis juicios anteriores intactos e inmaculados para que nadie los lea, excepto los "dolidos excluidos".

Sin embargo, como digo, hay otros autores ecuatorianos que no me han reclamado y cuya omisión reconozco como grave pecado. Por ejemplo cuando hablo del trabajo de los talleristas me olvido de mencionar a Gustavo Garzón, narrador magnífico, desaparecido en la noche y en la niebla durante uno de los gobiernos "democráticos" de la última década; y de otro muerto, el joven Oscar Montalvo, miembro de la Pequeñalulupa, desaparecido prematura y torpemente; y de otro muerto prematuro: Héctor Cisneros, de la Pedrada Zurda, extraordinario animador popular, poeta de la calle o simplemente poeta de verdad. A ellos mi homenaje y por ellos si acepto mi reconocida culpa -y digo golpeándome el pecho: por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa- al no mencionarlos en mi trabajo. Su nombre, junto al otro gran nombre de otro gran muerto: Rafael Larrea, miembro del Frente

Cultural, también desaparecido en la cumbre de su producción poética, merecen figurar en todos los estudios de la literatura ecuatoriana contemporánea, como de hecho siempre están y estarán presentes en el corazón de quienes tuvimos la suerte de conocerlos en vida y disfrutar de su inteligencia y de su amistad.

Otros talleristas y escritores valiosos a los que he olvidado también mencionar —estos por fortuna todavía vivos— como Diego Velasco, Pablo Salgado, Williams Castillo, María Eugenia Paz y Miño, Otto Zambrano, Jenny Carrasco, Ramiro Arias, Edgar Allan García, Rubén Darío Buitrón no me han reclamado porque son demasiado amigos o demasiado generosos o porque no han leído aun aquel artículo que produce esta nota rectificatoria. Lo mismo que escritores igualmente valiosos de otras generaciones: Nelson Estupiñán, Antonio Preciado, Filoteo Samaniego, Ulises Estrella, Eugenia Viteri, Fernando Cazón, Jorge Jalil, Sonia Manzano, Simón Zavala, Carlos Eduardo Jaramillo, en fin, ellos —inteligentes como són— comprendieron que mi trabajo no era un inventario de narradores y poetas ecuatorianos sino una simple apreciación sobre la literatura ecuatoriana ubicada dentro del contexto latinoamericano y mundial.

Pero antes de cerrar esta “fe de erratas” cabe señalar que desde hace un año han ocurrido cosas interesantes en el Ecuador y en el mundo que cabe mencionarlás como marco de este trabajo. Todos sabemos que la literatura no brota de la nada, no es una enteleguía ni una musa ni una misa ni una mosa (como se burlaba Octavio Paz); sino que la producen escritores y escritoras que viven y son testigos de un momento histórico (o histórico, como este que vivimos); de una etapa feliz o amarga de la existencia de cada uno de sus pueblos y realidades. Ningún escritor que valga, aun contra su propia voluntad, puede abstraerse de esa condición. Pienso en Proust, aseñoritado, aislado en una pieza de hotel, acosado por una enfermedad terminal, describiendo con una morosidad extraordinaria la sociedad francesa decadente de su época. Pienso en Bálzac, obeso y monárquico, pintando el fresco narrativo más preciso y completo sobre las contradicciones sociales de su tiempo. Pienso en Vargas Llosa, autoexilado en Madrid y Londres, neoliberal confeso, escribiendo novelas sobre las realidades más dolorosas y aberrantes del Perú y Latinoamérica. Pienso en Francisco Tobar, ya en nuestro medio, hijo de un ex-Canciller conservador, diplomáti-

co a la carrera, semiebrio, describiendo en sus poemas y novelas la insoportable mojigatería de la "alta sociedad" quiteña a la que conocía como la palma de su mano. De ahí la necesidad de que cuando hablemos de literatura nos situemos, nos aprendamos a situar, como bien lo hizo Angel F. Rojas cuando escribió su estudio sobre la "Novela ecuatoriana", en el contexto social, económico y político donde nos movemos, aunque eso saque de quicio a más de un amante del "arte por el arte".

En nuestro país triunfó, como sabemos, con un pequeño margen y después de una reñida lucha con 'Alvarito' Novoa y sus huestes bucaramecas, el candidato de la Democracia Popular (DP), Jamil Mahuad Witt, ex-alcalde de Quito, ex-diputado, ex-Ministro de Trabajo y... vaya demérito para el Señor Presidente, ex-profesor de este escriba en las aulas del colegio San Gabriel, a comienzos de la década del 70. Profesor de gramática, oratoria e historia (tremenda labor la que tenía el entonces joven Jamil porque fui y eramos los "sociales" de aquella época, unos pésimos y belicosos alumnos, sobre todo de oratoria, ya que hasta ahora, al menos en mi caso, no sé con claridad si Demóstenes se metía las piedras en la boca con el objeto de tragárselas o de aprender a tragar-

se las palabras). El 'Yamil', como le decíamos sus alumnos, comenzó dando un paso histórico formidable: se atrevió a firmar los acuerdos de paz con el Perú que pusieron fin -al menos eso esperamos todos los seres sensatos de ambos países- a un viejo y torpe y terrible problema que nos condujo en las dos últimas décadas a dos guerras, a pérdidas de valiosas vidas humanas, a la destrucción de un precioso ecosistema y a un desgaste económico tan brutal -en beneficio de los traficantes de armas y sus agentes criollos- que hasta ahora lo padecemos. Ese desgaste de la guerra sumado a los desastres naturales, la baja del precio del petróleo y las sucesivas crisis del sistema económico "globalizado" que se nos impuso para deleite de los que escribían contra los "idiotas latinoamericanos" y los "fabricantes de miseria" y que, ahora, hasta los grandes economistas de los Estados Unidos reconocen, golpeándose el pecho, que padecieron de "arrogancia teórica" al proclamar las bondades de un "neoliberalismo" que funcionó bien para ellos pero que no funcionó para nada en muchos países. Los coletazos de ese sistema, digo, comenzaron golpeando a los "tigres" asiáticos, siguieron con el "oso" ruso y luego entraron en Latinoamérica, casi al mismo tiempo

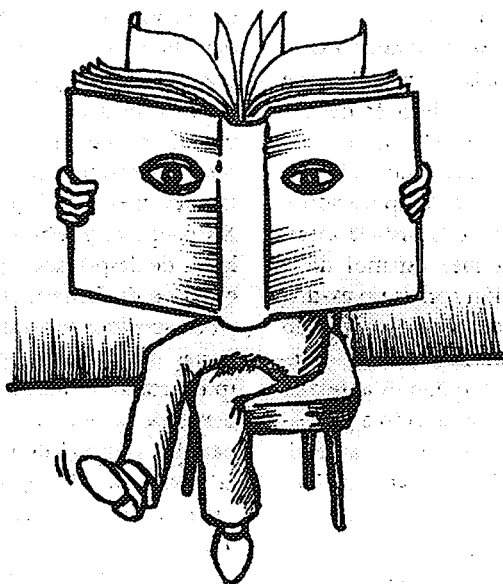
que el huracán Mitch, produciendo desastres incalculables:

El gobierno de 'Yamil' recibió esa herencia nefasta y después del triunfo en la arena internacional³ debió entrar de lleno en las arenas movedizas de la política nacional donde se oyen hasta acá, al otro lado del océano, los rugidos de leones, cachorros y panteras, la agonía de gladiadores morenos, los aplausos de las barras altas que no dejan de enriquecerse y cosechar a río revuelto, y los ayes de un pueblo desesperado que no deja de empobrecerse, sin saber ya hacia donde virar los ojos o los puños.

Dije en mi artículo anterior, el que da origen a esta nota, que al gobierno que triunfara en las elecciones de agosto de 1998 le iba a tocar conducir una verdadera reconstrucción del país en lo político, económico y moral y que si no lo conseguía estaríamos a las puer-

tas de una insurrección popular, de impredecibles consecuencias o del amago de una "dictablanda" o "democratadura" (como las que hemos tenido en el pasado y ahora mismo tienen otros países de nuestra América, los "fujimenchavezazos", como dice un periodista amigo). Pues ahora me ratifico en lo dicho, cuando han transcurrido ya nueve meses del mandato de 'Yamil' (el justo tiempo para una gestación) y se ha producido una crisis de gabinete (con salida de tres de sus ministros estrella: Finanzas, Energía, Comercio Exterior y la relocalización de otros ministros estelares); la quiebra y salvataje de algunos bancos; la depreciación de la moneda nacional frente al dólar a límites jamás imaginados, todo esto en medio de un clima de violencia y agitación social que ha llegado a límites preocupantes: hay claros in-

3) Digo "triunfo" porque todo lo que se haga en beneficio de la paz es para mí un triunfo, aunque con ello se haya convalidado, en nuestro caso, una mutilación territorial que ya existía en la realidad desde hace mucho tiempo - 1941- pero que había sido disfrazada por la mentira de los patrioteros y falsos héroes de escritorio, quienes no se cansaban de envenenar nuestras conciencias y las conciencias de nuestros hijos con sus libros, arengas, discursos y mapas inventados. La Cancillería ecuatoriana, el Servicio Exterior ecuatoriano en su conjunto, las comisiones negociadoras integradas por ciudadanos de probada capacidad, procedentes de diferentes agrupaciones políticas y regiones del país y fundamentalmente, el Canciller José Ayala Lasso y sus Secretarios Generales: Diego Ribadeneira y Francisco Carrión, cada uno en su momento, jugaron un papel decisivo en esta victoria de la paz, con el apoyo indiscutible de la sociedad civil: intelectuales, obreros, grupos gremiales de mujeres, jóvenes, pequeños comerciantes fronterizos, políticos honestos, militares verdaderamente patriotas, que pusieron su hombro y bloquearon todo intento de boicot que intentaron gestar - cómo no - los valientes y brabucones "patriarcas de la componenda" quienes a la hora de los tiros envían a sus hijos a Miami y ellos se esconden bajo las camas, escritorios o "faldas de la Patria".



dicios de que se encuentran operando en el país grupos paramilitares de extrema derecha que asesinan a líderes sindicales y diputados. A plena luz del día cayó abatido a balazos Jaime Hurtado, uno de los líderes más carismáticos y queridos del Movimiento Popular Democrático, con muchos de cuyos planteamientos no estoy de acuerdo, pero que no me impiden reconocer su tenacidad y su constante lucha en favor de causas populares; se anuncian huelgas generales; la migración a donde sea y como sea es el pan de cada día; y

el propio Presidente Mahuad dice que estamos al borde mismo del colapso, que el Ecuador es un barco (¿el Titanic?) que chocó contra un iceberg y que ahora se hunde. ¿Se hunde? ¿Entonces quién podrá salvarnos? Algún bromista podría exclamar recordando ese tonito y cursi programa de la televisión mexicana: "el chapulín colorado". Pero ahora no estamos para bromas de mal gusto. Los ecuatorianos podemos y debemos salir de esta crisis. No hay chapulines colorados a la vista. Aunque algunos -tan propensos a utilizar dis-

frases- quieran ahora vestirse de chapulines y salvadores.

Mientras ese panorama existe en nuestro país, el mundo vive una nueva etapa después del fin de la Guerra Fría, en el último año del siglo XX, sobre todo en lo que tiene que ver con la aplicación e interpretación de la justicia internacional. Un juez español dicta orden de prisión contra un ex-dictador latinoamericano, acusado de graves violaciones a los derechos humanos, quien es apresado en Londres y condenado a permanecer recluido en una finca de lujo donde le visita la baronesa Thatcher hasta cuando se resuelva su largo proceso de extradiciones y defensas, pese y contra la resistencia tenaz de su gobierno y sus instituciones militares, quienes protestan por "violaciones a su soberanía". Otro español, quien preside por amarga coincidencia la OTAN, como dice su amigo García Márquez, dicta la orden de ataque armado -bombardeo aéreo- contra Belgrado y otros lugares de la ex-Yugoslavia con el ánimo de amedrentar a otro dictador, éste por desgracia aun en el poder, acusado de graves violaciones a los derechos humanos: limpiezas étnicas en la región de Kosovo y otros crímenes contra la humanidad. La OTAN, a sus cincuenta años de creación, adopta así otro

rol, pasa de ser una organización defensiva a ser un gendarme mundial liderado indiscutiblemente por los Estados Unidos para imponer la justicia a tiros. De esa forma vemos con espanto como la guerra y sus terribles secuelas se instala nuevamente en Europa. El siglo XX comenzó y termina en guerra. Miles de desplazados que semejan ejércitos de fantasmas arapientos y desesperados se arrastran por las tierras de los Balcanes, su drama (proyectado al mundo por las cadenas de la televisión) es tan espantoso como el de los judíos en la época de Hitler, las bombas caen "veinticuatro horas de siete días", como dice el presidente Clinton, sobre ciudades e inocentes, a veces por error otras por perversidad. "El ser humano demuestra que así como ha conseguido grandes triunfos en materia de investigación científica, ha retrocedido terriblemente en materia de respeto a los demás seres humanos", concluye José Saramago, ese iluminado novelista portugués que gana en este último año el Premio Nobel de Literatura, en uno de los más acertados y justos reconocimientos que ha hecho la Academia sueca a un autor y a una lengua, en la cual se han expresado escritores de la talla de Pessoa o Guimarães-Rosa.

Y volviendo a la literatura

ecuatoriana, después de este largo paréntesis, vemos que algunas obras interesantes se han publicado en nuestro país en este último año. Pienso en los libros de cuentos de Lucrecia Maldonado ("Mi sombra te ha de hacer falta"), Carolina Andrade ("De luto") y Alfredo Noriega ("Desasitios"); en los poemarios de Alexis Naranjo ("La piel del tiempo"), Iván Oñate ("La nada sagrada"), y Ramiro Oviedo ("Semana Santa" y "Fanesca") publicados en pequeñas tiradas artesanales por artistas y editoriales de la costa de la Bretaña francesa. Pienso en la nueva revista de literatura que apareció en el escenario: "Línea imaginaria" dirigida por el poeta Edwin Madrid, con el apoyo de Williams Castillo y Víctor Vallejo. Pienso en la segunda novela que publicó Jaime Marchán en la editorial española Verbum: "Destino Estambul" en la cual demuestra su habilidad narrativa y su capacidad para entretener un drama sentimental con los clásicos temas de la novela policial, consiguiendo elaborar una obra, en forma y fondo, candidata indiscutible al "betsellerato" (en el buen sentido y si consigue la debida promoción). Sigo intentando, a propósito, leer las dos novelas históricas de Juan Valdano, las dos "negras" de Santiago Paez, la surreal de Fausto Corral, y averiguar

cuáles son las catorce novelas ecuatorianas que se presentaron para el premio Alfaguara (175.000 dolores que los ganó el español Manuel Vicent, aquel ácido y brillante comentarista del diario "El País" de Madrid). No por curiosidad malsana, me intereso en esas catorce novelas, sino lleno de entusiasmo porque tengamos en el Ecuador catorce novelistas de fuste, es decir que se atrevan a combatir con los pesos pesados de la literatura hispanoamericana.

Y, finalmente, no puedo dejar de recordar con tristeza y como postrer homenaje de amistad, la muerte en este lapso de tiempo de dos viejos escritores guayacos: Hugo Salazar Tamariz y Pedro Jorge Vera, dos "animales puros" de nuestras letras que no dieron grandes obras poéticas ni narrativas (así lo reconocían ellos mismos con su asombrosa modestia) pero que hicieron de sus vidas un verdadero apostolado de honestidad intelectual y humana, tan escaso en estos tiempos de corrupción y malabarismo. Ellos tampoco me reclamaron, obviamente, por no haber sido "mencionados" en el trabajo que da origen a esta "fe de erratas".

París, abril de 1999

Nota de Post-Scriptum
Desconozco cuando aparecerá

el número de la revista AFESE en el cual se publique mi nota que fue escrita, como señalo, en abril de 1999. Espero que no sea cuando cambie el actual Gobierno o haya acabado el milenio. De todas formas, me ratifico en todo lo anotado y temo que estoy adquiriendo, con el paso de los años, ciertas virtudes taumáticas, pues los acontecimientos políticos de junio y julio últimos fueron esa reacción popular indignada que yo había pronosticado en agosto de 1998. Espero que lo demás no se cumpla, es decir que amanezcamos a un día con una "democradura" o una "dictablanda", como les llamaba Agustín Cueva a los gobiernos nacidos de la desesperación y de la crisis. Hagamos votos porque las cosas sigan bien y logremos salir del hoyo. Al menos los discursos del Presidente Mahuad ya son más optimistas y se ha intentado crear instancias administrativas más ágiles y efectivas en el aparato

estatal. Veamos qué se consigue hasta el final de su mandato.

En el lapso de abril a septiembre de 1999, cuando escribo esta nota complementaria, se ha publicado en el Ecuador un poemario que no puedo dejar de mencionar: se trata de "El ángel de la gasolina" de Huilo Ruales Hualca. Nuevamente es la editorial Eskeletra la que se anota el logro. Aparte de demostrar, una vez más, el talento de este autor nacido en el año 1947, se marca con el libro mencionado un nuevo hito en la poesía ecuatoriana de este fin de siglo. Es más, creo que es el primer poemario del nuevo siglo. Y es que se trata del libro con mayor fuerza lírica que se haya publicado en el Ecuador en muchos años. Verdaderamente lo recomiendo a quienes amen la poesía dura, esa que después de leerla nos deja insomnes por semanas y meses. Esa que nos deja, en definitiva, distintos después de su lectura. ☺

París, 15 de septiembre de 1999.

